

mática σφραγίς. Notamos también, como siempre, algunas anomalías en la impresión. Así, esporádicas faltas (o sobras, como “fin” en p. 385) de tildes y algunos espaciados erróneos, “ha” por “han” en p. 9, “pomea” por “poema” en p. 334, “Anonius” por “Antonius” en p. 405 n., etc. En cuanto, finalmente, a la traducción del “genre studies” norteamericano por “estudios de género” (p. 9), todos sabemos que puede crear confusiones y que responde a un triste eufemismo, pero, como se está imponiendo inexorablemente, parece que es un hecho al que debemos habituarnos.

MÁXIMO BRISO SÁNCHEZ Y HÉCTOR BRISO SANTOS

P. A. ROSENMEYER, *Ancient Epistolary Fictions. The Letter in Greek Literature*, Cambridge, U.P., 2001, X + 370 pp.

Desde que hace algunos decenios los trabajos sobre la epistolografía otorgaran a este género la consideración que sin duda merece en la literatura clásica, no han sido pocos los especialistas que venían reclamando un estudio de conjunto sobre uno de los capítulos más prolíficos y que, por sus peculiares características retóricas, mayor repercusión tendrá en el conjunto de las letras griegas: la carta ficticia. Pues bien, a la luz de la reciente monografía de la Dra. Rosenmeyer, podemos congratularnos de que esa laguna haya quedado cubierta al menos en una importante medida, ya que, por razones no difícilmente justificables la autora no dedica un apartado específico a las cartas atribuidas a Platón, San Pablo o los Padres de la Iglesia y quedan fuera de su estudio también, en este caso por razones de carácter cronológico, los epistolarios de Aristéneto o Teofilacto, aunque el libro éste, no obstante, poblado de referencias específicas a estos autores y se haga alguna más extensa en el epílogo.

A lo largo de cuatro grandes secciones (*Epistolarity: an introduction; Epistolary fictions; The epistolary novel; y Epistolography in the Second Sophistic*), la autora, guiada por una curiosa sensibilidad literaria para la selección y análisis del material de trabajo, contempla en una docena de capítulos los aspectos genéricos esenciales y los autores más relevantes del subgénero epistolar ficticio, siempre al amparo de los propios textos, en cuyos comentarios queda constancia de la *acribia* y del punto de vista novedoso con que son analizados.

En un enjundioso prólogo y en la introducción, la autora trata, entre otros, cuatro aspectos de capital importancia en una obra de estas características: el material escritorio, la cuestión de la epistolaridad, la definición de la carta ficticia y el problema de la clasificación epistolar. Así, partiendo desde la problemática distinción de Deissmann entre carta y epístola, Rosenmeyer analiza las propuestas de Sykutris, Koskenniemi, Doty o la más reciente de Stirewalt para adherirse a los postulados de Sykutris. Bien podrían haber cabido en este apartado otras interesantes propuestas como la de nuestra colega Del Barrio (*Minerva* 5 [1991]). Y siguiendo muy de cerca el *Ancient Literacy* de Harris, Rosenmeyer aborda la cuestión de la epistolaridad en una cultura que fue abriendo progresivamente sus puertas a la correspondencia epistolar real desde el ámbito oficial al privado, para culminar, pasando por el ejercicio escolar o progimnasmático, su proceso de literaturización. Para ello Rosenmeyer toma como punto de referencia dos joyas del género: el plomo de

Aquilodoro hallado en Berezán y, ya en época imperial, la carta en papiro del joven Teón a su padre, textos que, por muy populares que hayan querido ser considerados, son testimonios categóricos del alcance de las convenciones epistolares incluso en el ámbito de lo privado.

En el capítulo 2º (“Homer: The father of letters”) se destaca el valor semiótico de los σήματα λυγρά de *Il.* 6.167 ss. En este celeberrimo pasaje ya se ponen de relieve tres elementos que van a marcar la ficción epistolar a lo largo de la historia: la relación entre la carta y la traición, la relación de la mujer y la carta y la carta de recomendación o portadora de noticias. Ese mismo carácter de secreto, de urgencia, engaño y muerte va a rodear el intercambio epistolar en la obra de los historiadores.

El capítulo 3º (“Letters in the historians”) se abordan, como más representativas, las obras de Heródoto y Tucídides. A diferencia del mundo homérico, la correspondencia epistolar en los historiadores va a estar marcada por una cultura de la escritura. Hay que distinguir, sin embargo, el uso de la carta entre los dos autores, ya que, mientras que para Heródoto será un elemento animador de la acción, en Tucídides será clarificador de momentos históricos, otorgándose, en definitiva, más importancia a la carta en el devenir de los acontecimientos que en las propias circunstancias que rodean su elaboración o envío. En ambos autores, en cualquier caso, la carta no perderá su naturaleza de recurso literario y nunca tendrá la consideración de documento histórico. El capítulo concluye con el interesante debate suscitado en torno a la discutida naturaleza epistolar de la carta de Nicias en *Th.* 7.11-15.

Sirviéndose de algunos pasajes de *Ifigenia entre los tauros*, *Ifigenia en Áulide* e *Hipólito*, Rosenmeyer analiza en el capítulo 4º (“Staging letters: embedded letters in Euripides”) la función de la carta como elemento crucial en el desarrollo de la acción dramática. La carta es un recurso que permite variar las convenciones dramáticas y poner en escena un hecho pasado en forma narrativa en lugar de escenificada. En la obra de Eurípides, además, no será un medio de describir la acción (como en otras formas dramáticas y otros autores) sino el desarrollo de la misma. Se analizan también otras funciones de tipo narrativo y composicional como la tensión entre el discurso primario (entre obra y lector/audiencia) y el secundario (entre remitente y destinatario) o el análisis de los niveles de tiempo narrativo en la ficción epistolar. El formulismo de apertura y cierre de la composición epistolar permite incluso sostener alguna propuesta crítico-textual. Así, frente a una gran parte de editores, que sitúan el comienzo de la carta en *IT* en el v. 770, Rosenmeyer considera con acertado criterio que el Ὁρέστη, παιδί τάγαμέμνονος del v. 769 podría ser la *inscriptio* de la misiva.

En el capítulo 5º (“Letters in Hellenistic poetry”), la autora insiste en el escaso interés que la ficción epistolar en verso ha tenido en una época considerada de “cultura libresca” por excelencia. Se ofrecen, no obstante, los ejemplos de Theoc. *Id.* 28 y algunos epigramas epistolares (o cartas epigramáticas) de la *Antología Palatina* (incluidos los de Rufino o Crinágoras que, aunque fuera de época, ilustran bien la cuestión). Estos mismos ejemplos deberían haber llevado a la reflexión sobre la tendencia a la recategorización que van a sufrir las marcas genéricas (entre ellas las epistolares) en una época en que las fronteras entre géneros están en plena revisión. Esto hubiera permitido también aducir como ejemplos otras composiciones del propio Teócrito quizá más ilustrativas de la cuestión. La segunda parte del capítulo está dedicada a la historia de Aconcio y Cidipa, y en ella se revisan las

tres versiones más completas (la del libro III de los *Aitia* de Calímaco, la de las *Heroidas* de Ovidio y la carta I.10 de Aristéneto) de este conocido episodio a través de la lente de la epistolaridad, aportándose novedosas e interesantes reflexiones en este sentido. Sólo hemos de llamar la atención sobre lo arriesgado que resulta postular que el hecho de que los epígonos de esta historia, en la que se utiliza el recurso epistolar de la manzana (ya un símbolo erótico de por sí pero aquí personalizado por Aconcio), se hayan servido del marco epistolar para su desarrollo pudiera implicar la inherencia de la naturaleza epistolar de la misma.

La sección tercera del libro (caps. 6º al 9º) está dedicada a la relación entre el género epistolar y la novela, distinguiéndose entre aquellas obras en las que la carta forma parte inserta y las llamadas novelas epistolares y colecciones de cartas pseudónimas. Para el estudio de la carta inserta, Rosenmeyer se centra primordialmente en las novelas de Caritón, Aquiles Tacio y Heliodoro y en menor medida las *Efesíacas*, la *Historia de Apolonio*, las *Maravillas de más allá de Tule* y las *Babiloniacas* (esta última sólo mencionada). Se estudia la multifuncionalidad de la carta como enlace narrativo, ya que, aparte del reconocido papel recapitulador y anticipador de acontecimientos (y creador, por tanto, de "suspense"), los pasajes explícitamente epistolares tienen la doble función de informar y guiar al destinatario interno y externo de la carta (con información de la que carece el lector aunque no los personajes), pero por el contrario, sobre todo en aquellas cartas que han sido interceptadas por el antagonista y no llegan a su destinatario, es creadora de múltiples equívocos y propiciadora de nuevas secuencias narrativas. Sí es importante subrayar que la búsqueda de la verosimilitud por parte de los novelistas hace que de sus obras se pueda extraer importante información a propósito del intercambio epistolar, debido principalmente al respeto que profesan a los postulados teóricos de la antigua preceptiva epistolográfica.

A lo largo del cap. 7º, dedicado a la *Novela de Alejandro*, Rosenmeyer va desgranando los tres niveles epistolares que, en principio, podrían estar en la base de la obra: la correspondencia de Alejandro con Darío, las cartas a su madre Olimpiade y a su preceptor Aristóteles y otras misivas de contenido más etopéyico y etnográfico derivadas de sus encuentros con los gimnosofistas, las amazonas o la reina Candace. Y aunque la variedad y múltiple funcionalidad de las cartas muestran a un Alejandro asiduo y experto redactor, en ellas se refleja sobre todo la tensión entre los formulismos convencionales de la epistolografía real helenística y la retórica del mandatario.

La intencionalidad del autor con respecto a su audiencia ha marcado tradicionalmente el estudio de las colecciones de cartas pseudónimas, objeto de análisis del cap. 8º. Sirviéndose de textos selectos de los epistolarios atribuidos a Anacarsis, Fálaris, Temístocles y los intercambios epistolares de Crates con Diógenes y Demócrito con Hipócrates, Rosenmeyer analiza la cuestión del origen de este subgénero. Es bastante aceptable la teoría de que en la atribución de cartas a personajes famosos (filósofos, políticos, hombres de letras, etc.) o mitológicos, como ejercicio de escuela o en forma más elaborada, esté, como ya sugiriera Previale (*MC* 1932), el origen de las grandes colecciones ficticias de la Segunda Sofística. Téngase en cuenta, además, que la gran mayoría de colecciones pseudónimas son de los ss. I-II d.C. La autora relaciona con acierto los rasgos literarios que van a caracterizar este tipo de cartas: el cuidado en la caracterización de remitente y destinatario, el interés cronológico, la multiplicidad de tópicos y estilos, la preocupación por su

propia naturaleza pseudónima (reflejada en continuas referencias al proceso de correspondencia epistolar y el conflicto entre las necesidades de las audiencias externa e interna y entre las convenciones miméticas y las de la epistolografía ficticia) y, por último, la cercanía a la novela epistolar.

Pese a la postura contraria de un importante número de estudiosos, el epistolario conservado bajo el pseudónimo de Quión de Heraclea (cap. 9º) es el único que podría reunir las características de la novela epistolar. Enmarcadas en el formato literario de la epistolaridad, las diecisiete cartas de la colección van desarrollando los elementos propios del género narrativo como la caracterización del personaje novelesco, el desarrollo gradual de los acontecimientos, el encadenamiento de motivos, la carta final explanatoria, etc. Pero no menos debatida que su naturaleza genérica ha sido también la intención del autor; ¿son las *Cartas de Quión* un conjunto de ejercicios retóricos, un texto de aventuras y entretenimiento, un homenaje a la filosofía platónica o un panfleto político contra el poder tiránico de Domiciano, encubierto aquí bajo la personalidad de Clearco? Su carácter aretológico estrecha aún más el paralelo literario que guarda con la *Novela de Alejandro*, siendo, no obstante, el texto de Quión de tono mucho más intimista. Desde el punto de vista de la tipología epistolar, serían representantes de dos claras tendencias genéricas: la crónica epistolar de la figura pública frente al diario en forma epistolar del ciudadano privado.

El paso a la cuarta sección del libro, dedicada a las cartas en la Segunda Sofística, está encabezado, como no podía ser de otra forma, por el estudio del epistolario de Alcifrón (cap. 10º). El desconocimiento de la biografía de estos autores, el marchamo de artificialidad que se les ha impreso y la comparación con otros representantes de esta misma corriente literaria (principalmente Luciano) han marcado el negativo juicio que ha acompañado a este tipo de composiciones. Rosenmeyer, en un amplio estudio (es el capítulo más extenso) reivindica, sin embargo, los méritos literarios de Alcifrón. Se trata de autores que preservan la dignidad cultural de un pasado, al que miran con nostalgia, y que no responde sino al culto a la Antigüedad que preside la literatura griega de todos los tiempos. Rosenmeyer retoma la calificación de miniaturismo (Anderson), por su evocación a escala de ese glorioso pasado, o puntillismo literario (Reardon), por el arte de la sugestión frente a la expresión plena, pero añade con acierto la consideración novedosa de la importancia del formato epistolar y, a su vez, de la retórica progimnasmática en éste. Esa artificialidad, que bien podríamos definir más correctamente como convencionalidad, viene impuesta por la forma epistolar de manera no menos rígida que en otros géneros literarios, pero el desconocimiento del epistolar ha distorsionado la apreciación crítica. La autora destaca también el acierto alcifroneo en la búsqueda de la verosimilitud, lograda por el sofista en dos niveles: la caracterización de los personajes (muy ayudada por las parejas de cartas correspondidas) y el cuidado del detalle en lo que atañe al contexto y situación, teniendo siempre en cuenta que Alcifrón escribe sobre una época separada por un lapso de seis siglos. Digno de ser destacado, desde el punto de vista de la genericidad, es el estudio de los signos metaligüísticos referentes al soporte epistolar (*epistolary self-consciousness*) que, aparte de confirmar la identidad genérica, permite también añadir verosimilitud al escrito, por ejemplo, mediante la ocultación de información a la audiencia externa (o lector).

La colección de *Cartas rústicas* de Eliano (cap. 11º) ha estado siempre a la sombra de la de Alcifrón y ello debido a una presumible posterior cronología del autor, al limitado

número de composiciones y a una pretendida menor calidad literaria. Por otra parte, la existencia de dos únicos manuscritos (desde la edición cantabrigense de Benner-Fobes ya se tiene en cuenta el *Matritensis* BN 4693) hace sospechar que no nos haya llegado el epistolario completo. El miniaturismo, la caracterización etopéyica de los personajes –también aquí en cartas correspondidas–, la presencia de las mismas tipologías sociales (campesinos, pero también heteras y pescadores) y otros argumentos de tipo lingüístico invitan a pensar, más que en la dependencia de Alcifrón –para la que no hay argumentos probatorios decisivos–, en el empleo de una fuente común que bien podría estar en la comedia. La carta 20 (la última de la colección), por su marcado carácter programático, no sólo para este autor, sino para el género de la carta mímica en su totalidad, sería merecedora de un estudio más detenido.

El último capítulo (cap. 12º) está dedicado al epistolario de Filóstrato. Esta colección de 73 cartas ha tenido que afrontar el problema de la adjudicación de la autoría, de una parte, y, de otra, el haberse visto eclipsada por otras obras más célebres del mismo autor. Rosenmeyer logra con su estudio poner de relieve la destreza de Filóstrato en el manejo de las formas y contenidos y, sobre todo, en sus propuestas innovadoras en lo que atañe a la naturaleza erótica, el acercamiento al fetichismo y otras rarezas y obsesiones de la actividad amatoria. Las variaciones sobre un mismo tema, los argumentos opuestos, el encomio paradójico, la ruptura de la ilusión epistolar y el acercamiento al género del diálogo mediante las “réplicas mudas”, las continuas alusiones mitológicas y literarias, la subjetividad ficticia y el “anonimato” del destinatario convierten a las *Cartas eróticas* de Filóstrato en pequeñas obras maestras de “artesanía literaria” que, sin perder la estela de Alcifrón o Eliano, muestran mayor riqueza creativa que sus predecesores.

Por último, en unas páginas reservadas al epílogo, Rosenmeyer traza una perspectiva de los contenidos tratados en páginas precedentes y de las progresivas aportaciones a la evolución del género epistolar ficticio, y añade, a modo de sumario, unas líneas generales sobre aquellos autores y obras que no han sido contemplados en el libro. Pone fin a esta estupenda monografía un extenso repertorio bibliográfico y un índice de autores con entradas en subíndice de obras y temas.

Estamos, en definitiva, de enhorabuena ante la aparición de estas *Ancient Epistolary Fictions*, una obra muy bien documentada, incisiva, de muy marcado carácter literario, pero al mismo tiempo dotada de una irreprochable honestidad filológica. Y que, si bien no logra desecar en su totalidad la ingente laguna que inexplicablemente anegaba esta parcela en los estudios de la literatura griega, nos va a permitir, no obstante, caminar desde ahora, con paso firme, por la mayor parte de su superficie.

RAFAEL J. GALLÉ CEJUDO

ENRIQUE ÁNGEL RAMOS JURADO, *Cuatro estudios sobre tradición clásica en la literatura española (Lope, Blasco, Alberti y Mª Teresa León, y la novela histórica)*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2001, 120 pp.

El libro que nos ocupa revisa una serie de trabajos sobre la tradición clásica proyectada en la literatura española realizados por el Dr. E. A. Ramos en ocasiones distin-